

RACONTOS

Aunque fue hace más de 50 años, en la década de los 40, recuerdo nítidamente mi primer encuentro con el mundo del teatro. Unos amigos, estudiantes de la UC, me invitaron al ensayo de una obra de Goldoni que preparaba el recién creado Teatro de Ensayo de la Universidad Católica.

A la hora convenida nos deslizamos clandestinamente, tratando de pasar inadvertidos, a una pequeña sala en la casa central de la universidad. Allí, sobre un escenario desnudo y apenas iluminado, un grupo de estudiantes se desplazaban repitiendo los parlamentos de la obra. Frente a ellos, sentado a horcajada en una silla de paja, observaba atento un joven. "Ese es Pedro Morthairu, el director" me sopló al oído un amigo. Y cuando me aprestaba, lleno de curiosidad, a ver un espectáculo hasta ahora desconocido para mí, el director interrumpió el ensayo y se dirigió a uno de los actores estudiantes. "No, así no, Mario", le dijo con voz firme. "Esa frase debe terminar bajo, no en tono alto como lo haces. Repítela". El actor trataba de seguir las indicaciones del director, pero éste no se daba por satisfecho

y lo hacía repetir una y mil veces lo mismo. Durante casi una hora estuvieron en eso. Mis acompañantes se comenzaron a aburrir. "Vamos", me dijeron, "esto está muy fósil", y yo me fui con ellos, pero marcado por una honda impresión, debido al rigor que el director Morthairu ponía en lo que aparentemente era sólo un detalle baladí.

Lo que estaba haciendo Morthairu en la Universidad Católica ya lo habían estado haciendo en la Universidad de Chile Pedro de la Barra, Agustín Siré, Pedro Orthus y otros. Se trataba de crear en Chile un teatro que arrasara con la improvisación y la bohemia que caracterizaban las pocas muestras de arte escénico que había entre nosotros. Y lo consiguieron, con sacrificios, esfuerzos, talento y, por sobre todo, con rigor. Al cabo de algunos años tuvimos un teatro que fue nuestro orgullo, con actores disciplinados en largos ensayos, dominadores de una

El rigor no está de moda



técnica interpretativa, capaces de crear personajes de ficción a los que sabían entregar su inteligencia y sensibilidad.

Cuando hace dos décadas se inició en Chile la producción de telenovelas, que es una forma masiva y popular del arte dramático, se pensó que con el capital de

buenos intérpretes que teníamos se podría tener éxito en la empresa que se iniciaba. Y así fue. Ricardo Miranda, pionero del género de las telenovelas chilenas en los antiguos estudios de Protab, tuvo el acierto de llamar a colaborar en el nuevo medio a actores y actrices formados en el rigor que propiciaron los teatros universitarios. Así se consiguió que un género que era menospreciado alcanzara a formar un amplio público que, venciendo arraigados prejuicios, convirtió nuestras telenovelas, si no en expresiones artísticas profundas, al menos en un sano y activo vehículo de entretención familiar.

Tal vez el mismo éxito los llevó a caer en la trampa. De pronto aparecieron directores y productores televisivos que, en un dramático desfase, se pusieron a jugar al legendario Hollywood de los años 30, a aquel en que una dactilógrafa iba a un salón de baile y salía convertida en la

SERGIO VODANOVIC

súper estrella Joan Crawford, o en que una rubia de sweater ceñidísimo entraba a una heladería para ser "descubierta" y convertirse en la sensual Lana Turner.

Así se comenzó a privilegiar en nuestras telenovelas las caras bonitas, los jovencitos musculosos y desinhibidos, y les enseñaron algunos trucos para que exhibieran ante las cámaras gestos estereotipados, con lo cual comenzaron a desplazar a los verdaderos actores y actrices.

Por doquier proliferan las "academias" y escuelas que, a cambio de un buen pago, ofrecen convertir en estrellas de telenovelas, y en corto tiempo, a jovencitos que sueñan con alcanzar fama y dinero actuando ante las cámaras de la televisión, y así, lentamente, estamos empobreciendo y desdeñando ese arte sublime que es el de la interpretación escénica.

Toda esta situación parece letra de un tango que podría haber compuesto Enrique Santos Discépolo, o más bien, que ya lo compuso y que se llama "Cambalache".

¿En qué quedó el rigor con que se formaron los actores y actrices de los que nos sentíamos tan orgullosos? Ya no existe. Es una antigualla que no va con nuestros días. El rigor no está de moda.